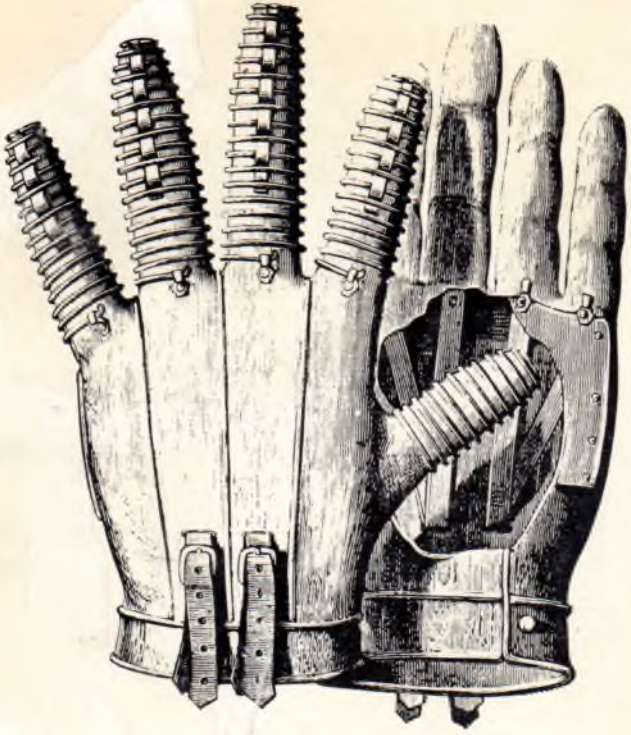
ericco malatesta

la anarquía
y el método del anarquismo

Cuarta edición



la nave de los locos

la nave de los locos

Ericco Malatesta

la anarquía

La nave de los locos
Premià editora s.a.
México 1982

Traducción anónima publicada en España a principios de siglo.

Diseño de la colección: *Pedro Tanagra R.*

Primera edición en Premià editora: 1978
Segunda edición en Premià editora: 1978
Tercera edición en Premià editora: 1980
Cuarta edición en Premià editora: 1982

ISBN 968—434—009—5

Derechos reservados de edición, traducción, diseño y composición de textos, así como de la maqueta de colección, por PREMIA editora, s.a.

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

Premiá editora de libros, S. A.
Tlahuapan, Puebla.
(Apartado Postal 12-672
03020 México, D. F.).

LA ANARQUIA

ANARQUIA Y DESORDEN

La palabra *anarquia* viene del griego y significa propiamente *sin gobierno, estado* de un pueblo que se rige sin autoridad constituida, sin núcleo gobernante.

Antes de que tal organización principiase a ser considerada como posible y aceptable por toda una muchedumbre de pensadores, y tomada por bandera de un partido que es actualmente uno de los factores más importantes en la moderna lucha social, la palabra de que hablamos era empleada en el sentido de desorden y confusión, y aun en nuestros dias es usada en el mismo sentido por la masa ignorante y por los adversarios que tienen interés en desfigurar la verdad.

No entraremos aquí en disquisiciones filológicas, porque la cuestión no pertenece a la filología, sino a la historia. El sentido vulgar de la palabra no tiene ninguna relación con su sentido verdadero y etimológico, aunque, indudablemente, es un de-

rivado hijo del prejuicio de que el gobierno es un órgano necesario de la vida social y que, por tanto, una sociedad sin gobierno sería constantemente presa del desorden y oscilaría entre la prepotencia desenfrenada de unos y la venganza ciega de otros.

La existencia de tal prejuicio y su influencia en el sentido que la mayoría de los hombres han dado a la palabra anarquía, se explica fácilmente.

El hombre, como todos los seres vivos, se adapta o acostumbra a las condiciones en que vive, y transmite por herencia los hábitos adquiridos.

Así, pues, como nace y crece en la servidumbre y es el heredero de una larguísima progenie de esclavos, cuando empieza a pensar cree que la esclavitud es condición esencial de la vida, en tanto que le parece imposible la libertad.

De igual manera casi, el obrero, obligado durante siglos y siglos, y hasta habituado a esperar el trabajo, es decir, el pan de la buena voluntad del patrono, y a ver su vida siempre a merced de los poseedores de la tierra y del capital, ha concluido por creer que el patrono es quien le da de comer, y se pregunta, naturalmente, cómo podría vivir sin el patrono.

Esto es lo mismo que si, a pesar de haber nacido con las piernas atadas, encontrásemos un medio cualquiera de andar y achacásemos la facultad de movernos precisamente a aquellas ligaduras, que no hacían otra cosa que disminuir y paralizar la energía muscular de nuestras piernas.

Ahora bien, si a los efectos naturales de

la costumbre se agrega la educación del patrono, del sacerdote, del maestro, etc., interesados en predicar que el gobierno y el patrono son necesarios; si se agrega la presión del juez y del policía, esforzándose siempre en reducir al silencio a los que piensan de otra manera y tratan de propagar su distinta manera de pensar, se comprenderá fácilmente cómo ha podido hacer presa en el cerebro poco cultivado de la masa laboriosa el prejuicio de la utilidad y la necesidad del gobierno y del patrono.

Imaginémonos que, en el supuesto caso de tener ligadas las piernas, un médico nos expone toda una teoría y mil ejemplos hábilmente inventados para convencernos de que con las piernas en libertad no podríamos andar ni vivir: defenderíamos con rabia nuestras ligaduras y tendríamos por enemigo al que tratase de cortarlas.

Por esto, como se cree que el gobierno es necesario y que sin gobierno sólo habría desorden y confusión, es natural, es lógico que la anarquía, que quiere decir ausencia de gobierno, suene a ausencia de orden.

El hecho tiene, por otro parte, su explicación histórica. En el tiempo y en los países en que el pueblo creyó necesario el gobierno de uno solo (*monarquía*), la palabra *república* (gobierno de varios) fue siempre empleada en el sentido de desorden y confusión, hasta el extremo de que este sentido aún se conserva vivo en el lenguaje popular de casi todas las naciones.

Modifíquense las opiniones, convénzase a las gentes de que el gobierno no sólo no

es necesario, sino que hasta resulta dañoso, y entonces la palabra anarquía, por lo mismo que equivale a ausencia de gobierno, significará para todos orden natural, armonía de los intereses y las necesidades de todos los seres, libertad absoluta en la absoluta solidaridad humana.

Personas hay, sin embargo, que dicen que los anarquistas hemos escogido mal nuestro nombre, toda vez que éste es comprendido de un modo erróneo por la masa y se presta mucho a una interpretación equivocada. El error no depende de la palabra misma, depende de su significación, y de las dificultades con que tropiezan los anarquistas en la propaganda no dependen del nombre que se han dado, sino del hecho de que lo que ese nombre significa va contra todos los prejuicios que tiene el pueblo respecto a las funciones gubernamentales, o como se dice generalmente, del Estado.

EL ESTADO

Antes de seguir adelante será conveniente que nos expliquemos acerca de esta palabra, la cual, en nuestro concepto, es causa verdadera de muchas confusiones.

Los anarquistas, y entre ellos nosotros, se han servido generalmente de la palabra Estado entendiendo por ella el conjunto de todas las instituciones políticas, legislativas, jurídicas, militares, financieras, etc., por medio de las cuales se arrebata al pueblo la gerencia de sus propios asuntos, la dirección de su propia seguridad, confiándolas a algunos que, por usurpación o por delegación, hállanse investidos del derecho de legislar sobre todo y para todos y de forzar al pueblo a respetarlos, valiéndose del apoyo que les presta el poder de todos.

Según esta interpretación, la palabra Estado quiere decir gobierno o bien la expresión impersonal, abstracta, de aquel estado de cosas que el gobierno personifica. En este caso, las expresiones *abolición del Estado, sociedad sin Estado,* etc., responden

exactamente al concepto que los anarquistas quieren significar de destrucción de todo orden político basado en la autoridad y de constitución de una sociedad de hombres libres e iguales, basada en la armonía de los intereses y en el concurso voluntario de todos al cumplimiento de los deberes y cuidados sociales.

Pero la palabra Estado tiene otros muchos significados, entre los cuales algunos se prestan al equívoco, mucho más cuando se trata con hombres cuya triste posición social no les ha dejado acostumbrarse a las delicadas distinciones del lenguaje científico, o, peor aún, cuando se trata con adversarios de mala fe, que tienen interés en confundirlo todo y en no querer entender nada.

La palabra Estado se usa, por ejemplo, con frecuencia, para indicar una determinada sociedad, cierta colectividad humana reunida en un determinado territorio, formando lo que suele denominarse un cuerpo moral, independientemente de la manera de agruparse y entenderse de sus miembros.

Se usa también, sencillamente, como sinónimo de Sociedad, a causa de cuyo significado creen nuestros adversarios, o, mejor dicho, fingen creer, que los anarquistas queremos abolir toda relación social, todo trabajo colectivo, y reducir al hombre al aislamiento, o sea a una condición peor que la del salvaje.

Asimismo se entiende por Estado la administración suprema de un país, el poder central diferente del poder provincial o municipal, y por este otro sentido se supo-

ne que los anarquistas queremos una simple descentralización territorial, dejando en tal estado el principio de gobierno, y se confunde así la anarquía con el comunalismo o con el cantonalismo.

Estado significa, en fin, condición, manera de ser, régimen de vida social, etc., y por esto decimos, por ejemplo, que *es preciso cambiar el estado económico de la clase obrera, o que el estado anárquico es el único estado social fundado sobre la base de la solidaridad,* y otras frases por el estilo que, en nuestros labios, ya que por otra parte decimos que aspiramos a la abolición del Estado, pueden, a primera vista, parecer paradójicas y contradictorias.

Por estas razones opinamos que es conveniente emplear lo menos posible la expresión *abolición del Estado,* y reemplazarla por esta otra, más clara y más concreta: *abolición del gobierno.*

Esto es lo que haremos en el curso del presente trabajo.

EL GOBIERNO

Se ha dicho que anarquía significa sociedad sin gobierno.

Mas, ¿es posible, es deseable, es conveniente la supresión del gobierno?

Veámoslo.

La tendencia metafísica (una enfermedad por la cual el hombre, luego de haber separado, por lógico proceso de su ser, sus cualidades, experimenta una alucinación especial que le hace tomar la abstracción resultante por un ser real), la tendencia metafísica, digo, que, a pesar de los golpes de la ciencia positiva, sigue haciendo presa en el cerebro de la mayoría de nuestros contemporáneos, es lo que determina en muchos la concepción del gobierno como un ente moral con ciertos atributos de razón, de justicia, de equidad, que son independientes de las personas encargadas de la función gubernamental. Para estas gentes, el gobierno, o, de un modo más abstracto, el Estado, es el poder social abstracto; es el representante, abstracto también, de los

intereses generales; es la expresión del derecho de todos, considerado como límite del derecho de cada uno.

Esta manera de comprender el gobierno, cualquiera que sea su forma, y salvo siempre el principio de autoridad, es defendida por aquellos a quienes interesa, y sobrevive a los errores de todos los partidos que se suceden en el ejercicio del poder.

Para nosotros, el gobierno es el conjunto de los gobernantes; y gobernantes —rey, presidente, ministros, diputados, etc.— son todos los que poseen la facultad de hacer leyes para regular las relaciones de los hombres entre sí y hacer que se cumplan; de decretar y distribuir los impuestos; de obligarnos al servicio militar; de juzgar y castigar a los contraventores de las leyes; de someter a reglas, registrar y sancionar los contratos privados; de monopolizar ciertas ramas de la producción y ciertos servicios públicos, o, si lo desean, todos los servicios y toda la producción; de declarar la guerra o ultimar la paz con los gobiernos de otras naciones; de otorgar o negar franquicias y otra multitud de cosas por el estilo. Gobernantes son, en resumen, todos aquellos que tienen la facultad, en mayor o menor grado, de valerse de la fuerza social, es decir, de la fuerza física, intelectual y económica de todos para obligar a los demás a hacer lo que a ellos les plazca. Y esta facultad constituye, en concepto nuestro, el principio gubernamental, el principio de autoridad.

Mas, ¿cuál es la razón de ser del gobierno? ¿Por qué depositar en varios indi-

viduos la libertad y la iniciativa propias? ¿Por qué proporcionarles esa facultad de valerse de la voluntad de cada uno, para que de ella dispongan según les acomode? ¿Están tan excepcionalmente dotados que puedan, con alguna apariencia de razón, reemplazar a la masa y atender todos los intereses de los hombres mejor que pudieran atenderlos ellos mismos? ¿Son infalibles e incorruptibles hasta el extremo de poderles fiar, con alguna prudencia, la suerte de cada uno y la de todos, confiando en su ciencia y en su bondad?

Y aun cuando existen hombres de una bondad y un saber infinitos, y aunque, por una hipótesis que no se ha realizado nunca en la historia, y que a nosotros nos parece de imposible realización, el poder gubernativo fuese encomendado a los más capaces y mejores entre los buenos, ¿añadiría la posesión del gobierno alguna cosa a su potencia benéfica? ¿No la paralizaría y destruiría, más bien, por la necesidad en que están todos los hombres en las esferas del poder de ocuparse de innumerables cosas que no entienden, y sobre todo de emplear la mejor parte de su energía en mantenerse en el poder, contentar a los amigos, tener a raya a los descontentos y someter a los rebeldes?

Y no es esto todo: buenos o malos, sabios o ignorantes, ¿qué son los que gobiernan? ¿Qué es lo que los indica para función tan elevada? ¿Se imponen por sí mismos en virtud del derecho de guerra, de conquista o de revolución? En tal caso,

¿quién garantizará al pueblo que se inspirarán en la utilidad general? Pero, si todo es asunto de usurpación, no resta a los vencidos y a los descontentos otra cosa que la apelación a la fuerza para cambiar la marcha del juego. ¿Son los elegidos entre una cierta clase o partido? En este caso, triunfarán sin duda alguna los intereses y las ideas de aquella clase o de aquel partido, y la voluntad y los intereses de los demás serán sacrificados. ¿Son, en fin, elegidos por sufragio universal? El único criterio, entonces, es el número, el cual no es prueba ni de razón, ni de justicia, ni de capacidad. Los elegidos serán siempre los que mejor sepan engañar a la masa, y la minoría, que puede hallarse constituida por la mitad menos uno, quedará, lo mismo que antes, destinada al sacrificio. Y esto sin contar que la experiencia ha demostrado la imposibilidad de hallar un mecanismo electoral por el que los elegidos sean por lo menos representantes verdaderos de la mayoría.

MISION DEL GOBIERNO

Muchas y muy diferentes son las teorías merced a las cuales se ha tratado de explicar y justificar la existencia del gobierno. Pero todas se basan en el prejuicio, fundado o no, de que los hombres tenemos intereses contrarios y que, por consiguiente, se necesita una fuerza externa, superior, para obligar a todos a respetar los intereses de todos, dictando e imponiendo aquellas reglas de conducta que mejor armonicen los intereses en lucha y permitan a cada uno hallar el máximum de satisfacción con el menor sacrificio posible.

Si los intereses, dicen los teólogos del autoritarismo, las tendencias y los deseos de un individuo se hallan en oposición con los de otro individuo o con los de toda la sociedad, ¿quién tendrá derecho y suficiente poder para obligar al uno a respetar los intereses del otro? ¿Quién podrá impedir al simple ciudadano que viole la voluntad general? La libertad de cada cual, dicen, tiene por límite la voluntad de los de-

más; pero, ¿quién establecerá este límite y lo hará respetar? Los naturales antagonismos de intereses y pasiones, hicieron nacer la necesidad del gobierno y justificaron la autoridad como fuerza moderadora en la lucha social y determinadora de los derechos y deberes de cada uno.

Esa es la teoría; pero la teoría, para ser justa, debe fundarse en hechos y explicarlos, y no como la economía política, que con demasiada frecuencia ha inventado las teorías para justificar los hechos, es decir, para defender el privilegio y hacerlo aceptar tranquilamente por todas sus víctimas.

Atengámonos, pues, a los hechos.

En todo el curso de la historia, lo mismo que en nuestra época, el gobierno o es la dominación brutal, violenta, arbitraria, de unos pocos sobre la masa, o bien es un instrumento pronto para asegurar el dominio y el privilegio de los que, por la fuerza, por astucia o por violencia, se han apoderado de todos los medios de vida, principalmente del suelo, con el fin de mantener de tal modo al pueblo en la servidumbre y obligarle a trabajar para ellos.

Los hombres son oprimidos de diversas maneras: o directamente, con la fuerza brutal, con la violencia física, o de un modo indirecto, despojándoles de los propios medios de subsistencia y obligándoles así a rendirse a discreción. La primera opresión dio origen al poder, o sea al privilegio político; la segunda hizo nacer el poder o privilegio económico.

También se oprime a los hombres de otro modo: influyendo sobre su inteligencia y

su sentimiento, lo que constituye el poder religioso o *universitario*. Mas como el espíritu no existe sino como resultante de las fuerzas materiales, así la mentira y las corporaciones constituidas para propagarla no tienen razón de ser sino como consecuencia del privilegio político y económico, y son un medio de defenderlo y consolidarlo.

En las sociedades primitivas, poco numerosas y de relaciones poco complicadas, cuando una circunstancia cualquiera impidió que se estableciesen costumbres de solidaridad, o destruyó las que existían, estableciendo el dominio del hombre sobre el hombre, los dos poderes, el político y el económico, halláronse reunidos en unas mismas manos, que podrían ser las de un solo hombre. Los que vencían por la fuerza, disponían de las personas y de las cosas de los vencidos y les obligaban a servirles, a trabajar para ellos y hacer en todo lo que tenían por conveniente. Eran los vencedores a la vez propietarios, legisladores, jueces y verdugos.

Pero al ensancharse la sociedad, aumentan las necesidades, se complican las relaciones sociales, llega a hacerse imposible la existencia prolongada de un despotismo semejante. Los dominadores, o por seguridad, o por encontrarlo más cómodo, o por imposibilidad de proceder de otra manera, se ven en la necesidad de apoyarse, por una parte, en una clase privilegiada, en cierto número de inviduos cointeresados en el dominio, y de dejar, por otra parte, que cada cual provea como le sea posible a su propia existencia, reservándose para sí el supre-

mo dominio, que es el derecho de disfrutar lo más posible y la manera de saciar la vanidad del mando.

Así, al abrigo del poder, por su protección y complicidad, y con frecuencia por su ignorancia y por causas que escapan a sus dominios, se desarrolla la riqueza privada, es decir, la clase de propietarios, la cual, concentrando poco a poco en sus manos todos los medios de producción, la verdadera fuente de la agricultura, industria, comercio, etc., acaba por constituir un poder que, por la superioridad de sus medios y la gran masa de inteligencia que abarca, concluye siempre por someter más o menos abiertamente al poder político, es decir, al gobierno, y convertirlo en su propio guardián.

Este fenómeno se ha repetido en la historia con frecuencia. Una vez que por invasión, u otra cualquiera empresa militar, la violencia física, brutal, ha hecho presa en una sociedad, los vencedores han tendido siempre a concentrar en sus manos el gobierno y la propiedad. Mas siempre también la necesidad experimentada por el gobierno de conseguir la complicidad de una clase potente, las exigencias de la producción, la imposibilidad de ordenarlo y dirigirlo todo, establecieron la propiedad privada, la división de los dos poderes y con ella la dependencia efectiva entre los que tenían en sus manos la fuerza: el gobierno, y los que disponían del origen mismo de la fuerza: la propiedad. El gobierno acaba siempre, fatalmente, por constituirse en guardián del propietario.

Pero este fenómeno nunca se acentúa

tanto como en la época moderna. El desarrollo de la producción, la inmensa difusión del comercio, la desmesurada potencia que ha conquistado el dinero y todos los hechos económicos provocados por el descubrimiento de América, la invención de las máquinas, etc., aseguraron tal supremacía a la clase capitalista, que no satisfecha ésta con disponer del apoyo del gobierno, ha querido que éste llegue a salir de su propio seno.

Un gobierno que se derivaba del derecho de conquista —*derecho divino*, según los reyes y sus secuaces—, por cuanto se sobreponía a la clase capitalista, conservaba siempre un continente altanero y despreciativo ante sus antiguos esclavos, luego de enriquecidos, y hacía alarde de sus inclinaciones a la independencia y a la dominación; semejante gobierno, claro está, era defensor y guardián de los propietarios, pero era de aquellos defensores y guardianes que se dan importancia y se hacen los arrogantes con los que deben escoltar y defender, cuando no los desvalijan y atormentan. La clase capitalista, naturalmente, conspiró para reemplazar tal guardián y defensor, con medios más o menos violentos, por otro salido de sus mismos medios, compuesto por miembros de su clase, siempre bajo su vigilancia y organizado especialmente para defender la clase contra las posibles reivindicaciones de los desheredados.

De aquí el origen del sistema parlamentario moderno.

En la actualidad, el gobierno, compues-

to de propietarios y de gentes de su devoción, se halla a merced en todo de los propietarios mismos; hasta tal punto es así, que los más ricos desdeñan con frecuencia formar parte de él. Rothschild no tiene ninguna necesidad de ser diputado ni ministro; le basta tener bajo su dependencia a ministros y diputados.

En muchos países, el proletariado tiene nominalmente una participación mayor o menor en la designación del gobierno. Es una concesión que la burguesía ha hecho, ya para valerse del concurso popular en la lucha contra la realeza y la aristocracia, ya para distraer al pueblo en sus deseos de emancipación, dándole una apariencia de soberanía. Mas, lo previese o no, la burguesía, cuando por primera vez concedió al pueblo el derecho al voto, la verdad es que tal derecho se ha tornado excesivamente irrisorio y bueno solamente para consolidar el poder de la burguesía, dando a la parte más enérgica del proletariado la ilusoria esperanza de ocupar el poder.

Hasta con el sufragio universal, y se puede decir que especialmente por el sufragio universal, el gobierno continúa siendo el siervo y el guardián de la burguesía.

Si otra cosa ocurriera, si el gobierno llegase a serle hostil, si la democracia pudiese ser otra cosa que un fuego fatuo para engañar al pueblo, la burguesía, amenazada en sus intereses, se apresuraría a rebelarse y concentraría toda la fuerza y toda la influencia que se deriva de la posesión de la riqueza para reducir al gobierno a las funciones de un simple siervo suyo.

En todos los tiempos y en todos los lugares, cualquiera que sea el nombre que tome el gobierno, cualquiera que sea su origen y su organización, su función esencial es siempre oprimir y explotar a la masa y defender a los opresores y explotadores; y sus órganos principales, característicos, indispensables, son el policía y el recaudador de impuestos, el soldado y el carcelero, a los cuales se une espontáneamente el mercader de mentiras, sacerdote o profesor, pagado y protegido por el gobierno para educar los espíritus y hacerles dóciles al yugo gubernamental.

Indudablemente, a aquellas funciones primitivas y a estos órganos esenciales, se han agregado en el curso de la historia otras funciones y otros órganos, pero de igual índole.

Admitamos, sin embargo, que no haya habido jamás en un país algo civilizado un gobierno que desempeñase las funciones opresoras y expoliadoras sin aplicarse al propio tiempo a las verdaderamente útiles e indispensables a la vida social. Esto no destruye el hecho de que el gobierno es por naturaleza opresor y expoliador, y que por su origen y su posición, se ve inclinado fatalmente a defender y consolidar la clase dominante; por el contrario, lo afirma y lo agrava.

En realidad, el gobierno toma a su cargo, en más o menos proporción, la protección de la vida de los ciudadanos contra los ataques directos y brutales; reconoce y legaliza cierto número de derechos y deberes primordiales, y usos y costumbres,

sin los cuales es imposible vivir en sociedad; organiza y dirige ciertos servicios públicos, como las comunicaciones, la higiene, el reparto de aguas, la bonificación y protección forestal, etc.; funda casas de huérfanos y hospitales, y se complace con frecuencia en mostrarse sólo en apariencia, desde luego, protector del pobre y del débil. Pero basta observar cómo y por qué causa cumple el gobierno esta misión y aumenta sus funciones, para dar en seguida con la prueba experimental, práctica, de que todo lo que hace se inspira siempre en el espíritu de dominación y tiende a defender, ensanchar y perpetuar sus propios privilegios, así como los de la clase que representa y defiende.

Un gobierno no puede durar mucho tiempo sin ocultar su naturaleza bajo un pretexto de general utilidad; no puede hacer respetar la vida de los privilegiados sin aparentar que hace respetar la de todo el mundo; no puede hacer aceptables los privilegios de algunos sin fingirse guardador de los derechos de todos.

"La ley —dice Kropotkin— y todos los que hicieron la ley —el gobierno— utilizaron los sentimientos sociales del hombre para hacer pasar como preceptos morales, que los hombres aceptaban, lo que era útil a la minoría explotadora, contra lo cual se habría aquél rebelado ciertamente en caso contrario".

No puede el gobierno desear que la sociedad se desorganice, porque a él y a la clase dominadora les faltaría entonces el material de explotación; no puede consen-

tir que por sí misma se rija, que se gobierne sin intervención oficial, porque en ese caso el pueblo no tardaría en percatarse de que el gobierno sólo sirve para defender a los propietarios, y se apresuraría a desembarazarse del gobierno y de los propietarios.

En la actualidad, frente a las insistentes y amenazadoras reclamaciones del proletariado, los gobiernos tienden a intervenir en las relaciones de obreros y patronos, con los que procuran desviar el movimiento obrero e impedir, con algunas engañosas reformas, que los pobres se tomen por sí mismos lo que es suyo, esto es, una parte de bienestar igual a la que todos disfrutan.

Es preciso, además, tener en cuenta, por una parte, que los burgueses y propietarios se hallan siempre en guerra unos con otros y tratan de devorarse mutuamente, y por otra parte, que el gobierno, hijo de la burguesía y siervo protector suyo, tiende, como todo protector y todo siervo, a emanciparse y a dominar a su protegido. De aquí que el juego de prestidigitación, el tira y afloja, el acto de echar al pueblo contra los conservadores y a los conservadores contra el pueblo, que es toda la ciencia de los gobiernos, sea lo que engañe a las gentes sencillas y perezosas que esperan que la salvación les venga de lo alto.

Con todo esto, la naturaleza del gobierno no cambia. Si se muestra regulador y garantía de los deberes y derechos de cada cual, pervierte el sentimiento de justicia, toda vez que califica de delito y castiga todo lo que ofende o amenaza los privile-

gios de los gobernantes y de los propietarios, y declara justa, legal, la más feroz explotación de los miserables, el lento y constante asesinato material y moral cometido por los que todo lo poseen en las personas de los que no poseen nada.

Si se convierte en administrador de los servicios públicos, se cuida señaladamente de los intereses de su clase; de los de la clase trabajadora, nada más que lo necesario para que dicha clase consienta en pagar.

Si se mete a enseñar, prohíbe la propaganda de la verdad, y tiende a preparar el cerebro y el corazón de los niños para que lleguen a ser tiranos implacables o dóciles esclavos, según la clase a que pertenezcan. En manos del gobierno, todo se convierte en medio de explotación, todo se traduce en instituciones de policía, útiles únicamente para tener dominado al pueblo.

Y es natural que así sea. Si la vida de los hombres consiste en la lucha entre ellos mismos, habrá, naturalmente, vencidos y vencedores, y el gobierno es el premio de la contienda o un medio para asegurarse los vencedores el resultado de la victoria y perpetuarla, ya se libre el combate en el terreno de la fuerza física e intelectual, ya en el terreno económico. Los que intervinieran en la lucha para vencer y asegurarse mejores rendimientos que los otros y conquistar privilegios y dominios, juntamente con el poder, una vez alcanzada la victoria no harán uso de ella para defender los derechos de los vencidos y fijar límites a sus propias facultades arbitrarias y a las de sus partidarios y amigos.

El gobierno, o, como suele decirse, el Estado justiciero, moderador de la lucha social, administrador desinteresado de los bienes del público, es una mentira, una ilusión, una utopía nunca realizada y jamás realizable.

Si en realidad los intereses de los hombres debieran ser contrarios; si en realidad la lucha entre los hombres fuese ley necesaria de la sociedad humana y la libertad de cada uno tuviese su límite en la libertad de los demás, entonces cada uno trataría de hacer triunfar sus propios intereses sobre los intereses de los demás, cada uno procuraría hacer mayor la libertad propia a expensas de la voluntad de los otros, y existiría el gobierno, no ya porque fuese más o menos útil a la totalidad de los miembros sociales, sino porque los vencedores habrían de asegurarse los frutos de la victoria, sometiendo fuertemente a los vencidos, y librarse de la incomodidad de ocuparse constantemente de la defensa, confiando esta labor a los hombres especialmente adiestrados en el arte de gobernar.

Veríase así la humanidad destinada a perecer o a agitarse eternamente entre la tiranía de los vencedores y la rebelión de los vencidos.

Afortunadamente, el porvenir de la humanidad es más risueño, porque es más dulce la ley que la gobierna.

Esta ley es la *solidaridad*.

LA SOLIDARIDAD

Tiene el hombre por propiedad fundamental, necesaria, el *instinto de la propia conservación*, sin el cual ningún ser vivo existiría, y el *instinto de la conservación de la especie*, sin el cual ninguna especie se hubiese podido formar y subsistir. Se ve, pues, naturalmente impulsado a defender la existencia y el bienestar de sí mismo y de su progenie contra todo y contra todos.

Dos maneras hay en la naturaleza, para los seres vivos, de asegurarse la existencia y hacerla cada vez más agradable: es la primera la *lucha individual* contra los elementos y contra los individuos de la misma especie, o de especie distinta; la segunda es el *apoyo mutuo, la cooperación*, que puede llamarse también la *asociación para la lucha* contra todos los factores naturales opuestos a la existencia, desenvolvimiento y bienestar de los asociados.

No trataremos de indagar aquí, ni es necesario para nuestro objeto, ahora, qué parte tienen respectivamente en la evolución

del reino orgánico los dos principios: el de la lucha y el de la cooperación. Basta hacer constar que en la humanidad la cooperación —forzosa o voluntaria— ha sido el único medio de progreso, de perfeccionamiento, de seguridad, y que la lucha —resto atávico— ha sido absolutamente incapaz de favorecer el bienestar de los individuos y ha causado, en cambio, el mal de todos, vencidos y vencedores.

La experiencia, acumulada y transmitida de generación en generación, ha enseñado al hombre que, uniéndose a sus iguales, su conservación está mejor asegurada y su bienestar aumenta.

Así, como consecuencia de la misma lucha por la vida, sostenida contra la naturaleza circundante y contra los individuos de la misma especie, se ha desarrollado en el hombre el instinto social, el cual ha transformado completamente las condiciones de su existencia. Gracias a esto mismo ha podido el hombre salir de la animalidad, adquirir gran potencia y elevarse por encima de los otros animales, tanto, que los filósofos espiritualistas han considerado necesario inventar para él un alma inmaterial e inmortal.

Muchas causas han concurrido y contribuido a la formación de este instinto social que, partiendo de la base animal, del instinto de la conservación de la especie, que es el instinto social limitado a la familia natural, ha llegado a su más elevado grado de intensidad y extensión y constituye el fondo mismo de la naturaleza moral del hombre.

Este, aunque descendiente de los tipos inferiores de la animalidad, débil y desarmado para la lucha individual contra las bestias carnívoras, pero con un cerebro capaz de gran desenvolvimiento, un órgano vocal apto para expresar con ayuda de varios sonidos las distintas vibraciones cerebrales, y manos especialmente adecuadas para dar forma a capricho a la materia, debía sentir muy pronto la necesidad y las ventajas de la asociación. Así cabe decir que sólo pudo abandonar la animalidad al hacerse social y adquirir el uso de la palabra, que es a la vez consecuencia y factor poderoso de la sociabilidad.

El número relativamente corto de la especie humana, haciendo menos áspera, menos continua, menos necesaria la lucha por la existencia entre hombre y hombre, aun fuera de la asociación debía favorecer mucho el desarrollo de los sentimientos de simpatía y dejar tiempo para que la utilidad del mutuo apoyo se pudiese conocer y apreciar.

Por último, la capacidad adquirida por el hombre, gracias a su primitiva cualidad aplicada en cooperación con un número más o menos grande de asociados, de modificar el medio ambiente externo y adaptarlo a las propias necesidades; la multiplicación de los deseos al aumentar con los medios de satisfacerlos y convertirlos en necesidades; la partición del trabajo, consecuencia de la explotación metódica de la naturaleza en provecho del hombre, han hecho que la vida social sea el ambiente necesario del individuo, fuera del cual no

puede vivir, y que si vive es a costa de caer nuevamente en el estado de animalidad primitiva.

Y al afirmarse la sensibilidad con la multiplicación de las relaciones por la costumbre impresa en la especie, merced a la transmisión hereditaria en millares de siglos, esta necesidad de la vida social, de cambio de pensamientos y de afectos entre hombre y hombre, se ha convertido en una manera de ser necesaria de nuestro organismo, se ha transformado en simpatía, en amistad, en amor, y subsiste independientemente de las ventajas materiales debidas a la asociación, tanto que para satisfacerla, se afrontan mil sufrimientos y hasta la muerte.

En resumidas cuentas, las grandiosas ventajas que la asociación reporta al hombre; el estado de inferioridad física, por completo desproporcionado a su superioridad intelectual, en que se halla frente a los animales dañinos; la posibilidad para él de asociarse a un número cada vez mayor de individuos y en relaciones cada vez más íntimas y complejas, hasta extender la asociación a toda la humanidad y a la vida toda, y principalmente la posibilidad que tiene también de producir, trabajando en cooperación con otros, más de lo que necesita para existir, y los sentimientos de afecto que de todo esto se derivan, han dado a la lucha por la vida un carácter completamente distinto de la lucha general que tiene efecto entre los demás animales.

Por otra parte, se sabe en la actualidad

—y las invstigaciones de los naturalistas modernos aportan de ello más pruebas cada día— que la cooperación ha tenido y tiene en el desarrollo del mundo orgánico una parte importantísima que no sospechaban los que se proponían justificar el reino de la burguesía por medio de la teoría de Darwin, bastante inútilmente, porque la distancia entre la lucha humana y la lucha animal es enorme y proporcional a la distancia que separa al hombre de las bestias. Estas combaten individualmente, y con más frecuencia en pequeños grupos fijos y transitorios, contra la naturaleza, e incluso contra los demás individuos de su propia especie. Hasta los animales más sociables, como la abeja y la hormiga, son solidarios si se encuentran en un mismo hormiguero o en una misma colmena; pero pelean o permanecen indiferentes con las demás comunidades de su misma especie. La batalla humana, en cambio, tiende siempre a ensanchar la asociación entre los hombres, a solidarizar sus intereses, a desarrollar los sentimientos de amor de cada uno hacia todos los demás, a vencer y a dominar la naturaleza externa con la humanidad y para la humanidad.

Toda contienda encaminada a conquistar beneficios independientemente de los otros hombres y en su perjuicio, contradice la naturaleza sociable del hombre moderno, y tiende a devolverlo a su primitiva animalidad.

La *solidaridad*, es decir, la armonía de los intereses y de los sentimientos, el concurso de cada uno en el bien de todos, y

el de todos en provecho de cada uno, es el único estado en que el hombre puede manifestar su naturaleza y obtener el máximum de desarrollo en el máximum de bienestar. Esta es la meta hacia la cual camina la evolución humana, el principio superior que resuelve todos los actuales antagonismos de otro modo insolubles, y hace que la libertad de cada uno no halle un límite, sino un complemento, y las condiciones necesarias de existencia, en la libertad de los demás.

Dejó dicho Bakunin:

"Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consiguiente realizarla, sino reconociéndola en los demás y cooperando con ellos a su realización. Ningún hombre puede emanciparse sino emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad es la libertad de todos, porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en ideas, sino también en los hechos más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y su sanción en la libertad y el derecho de todos mis iguales.

"Me importa mucho lo que son los demás hombres, pues, por muy independiente que parezca o me crea ser por mi posición social, aunque sea papa, rey o emperador, no soy más que el producto incesante de lo que son los demás hombres entre sí. Si son ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su ignorancia, su miseria y su esclavitud. Si yo soy ilustrado e inteligente, su estupidez me limita y me hace ignorante; si soy valeroso e independiente, su esclavitud me

esclaviza; si soy rico, su miseria me inspira temor; si soy privilegiado, tiemblo ante su justicia. Quiero ser libre y no puedo, porque en mi derredor todos los hombres no quieren ser también libres, y no queriéndolo, se convierten para mí en instrumento de opresión".

La solidaridad es, pues, la condición en la cual el hombre encuentra el mayor grado de seguridad y de bienestar; y por eso mismo el egoísmo, es decir, la consideración exclusiva del propio interés, empuja al hombre a la solidaridad; mejor dicho: egoísmo y altruismo, *consideración de los intereses de los demás*, se confunden en un solo sentimiento, como se confunden en uno el interés individual y el interés social.

Pero el hombre no podía, de un salto, pasar de la animalidad a la humanidad, de la lucha brutal entre hombre y hombre a la lucha solidaria de todos los hombres contra la naturaleza exterior. Guiado por las ventajas que ofrece la asociación y consiguiente distribución de trabajos, el hombre evolucionaba hacia la solidaridad; mas esta evolución encontró un obstáculo que la desvió y la desvió aun de su finalidad; el hombre, cuando menos hasta cierto punto, por las necesidades materiales y primitivas, que eran las únicas que sentía entonces, descubrió que podía realizar las ventajas de la cooperación sometiendo a los demás hombres en lugar de asociarles; y como todavía eran potentes en él los instintos feroces y antisociales heredados de la animalidad originaria, obligó a los más

débiles a trabajar para él, prefiriendo la dominación a la asociación.

Tal vez en la mayoría de los casos, por la explotación de los vencidos, empezó el hombre a comprender los beneficios de la asociación, la utilidad que podía recabar de la ayuda de su semejante.

Así, pues, el descubrimiento de la utilidad de la cooperación, que debía llevar al triunfo de la solidaridad en todas las relaciones humanas, nos ha conducido, por el contrario, a la propiedad privada y al gobierno, esto es, a la explotación del trabajo de todos en prvecho de unos cuantos privilegiados.

La asociación fue siempre la cooperación, fuera de la cual no hay vida humana posible; pero un sistema de cooperación impuesto y reglamentado por unos pocos en provecho de sus intereses particulares.

De este hecho se deriva la gran contradicción —que ocupa toda la historia del género humano— entre la tendencia a asociarse y fraternizar para la conquista y la adaptación del mundo exterior a las necesidades del hombre para la satisfacción de sus sentimientos de afecto, y la tendencia a dividirse en tantas unidades separadas y hostiles cuantas son las agrupaciones determinadas por las condiciones geográficas y etnográficas; cuantas son las posiciones sociales y económicas; cuantos son los hombres que aciertan a conquistar una ventaja y quieren asegurarla y aumentarla; cuantos son los que esperan la posesión del privilegio; cuantos son los que sufren una injusticia y se revelan y tratan de redimirse.

El principio *cada uno para sí*, que es la guerra de todos contra todos, ha venido en el curso de la historia a complicar, a desviar, a paralizar la guerra de todos contra la naturaleza en pro del mayor bienestar de la especie humana, que sólo puede tener éxito basándose en el principio: *todos para uno, uno para todos.*

Muchos y muy grandes son los males que ha sufrido la humanidad por la intrusión de la tendencia dominadora y explotadora en la asociación humana. Mas a pesar de la atroz opresión, a pesar de la miseria, a pesar de los vicios, de los delitos, de la degradación que la miseria y la esclavitud han producido en esclavos y amos, a pesar de los odios acumulados, a pesar de la guerra exterminadora, a pesar del antagonismo de los intereses, artificialmente creados, el instinto social ha sobrevivido y se ha desarrollado.

Siendo siempre la cooperación condición precisa para que el hombre pudiese luchar con éxito contra el mundo exterior, fue asimismo la causa permanente de la aproximación de los sentimientos de simpatía entre todos los hombres. La misma opresión de las masas ha hecho que los oprimidos fraternicen entre sí; y sólo merced a la solidaridad, más o menos consciente, más o menos intensa, que siempre ha existido entre los oprimidos, han podido éstos soportar la opresión, y la humanidad resistir a las causas de muerte que en ella se habían introducido.

En la actualidad, el desarrollo que ha ad-

quirido la producción, el acrecentamiento de aquellas necesidades que no se pueden satisfacer sino mediante el concurso de gran número de hombres de todos los países, los medios de comunicación, la costumbre de viajar, la ciencia, la literatura, el comercio, hasta la guerra, han estrechado y estrechan más cada vez a la especie humana en un solo cuerpo, cuyas partes, solidarias entre sí, sólo pueden hallar su plenitud y libertad de desarrollo en la salud de las otras partes y del todo.

Los habitantes de Nápoles están tan interesados en la limpieza de su población como en el mejoramiento de las condiciones higiénicas de la ciudad del Ganges, de donde el cólera procede. El bienestar, la libertad, el porvenir de un montañés extraviado entre las gargantas de los Apeninos, no sólo dependen del estado de bienestar o de miseria en que se hallen los habitantes de su lugar; no sólo dependen de las condiciones generales del pueblo italiano, sino que dependen también del estado de los trabajadores en América o en Australia, de los descubrimientos que pueda hacer un hombre de ciencia de Sidney, de las condiciones morales y materiales del pueblo chino, de la guerra o de la paz en África, de toda la suma de circunstancias, grandes o pequeñas, que en cualquier lugar del universo se dan en un determinado ser humano.

En las presentes condiciones de la sociedad, la vasta solidaridad que une a todos los hombres es en gran parte inconsciente, porque surge de un modo espontáneo

de la rutina de los intereses particulares, mientras los hombres se preocupan poco o nada de los intereses generales. Y ésta es la prueba más clara de que la solidaridad es la ley natural de la humanidad, ley que se manifiesta y se impone a pesar de todos los obstáculos, a pesar de todos los antagonismos hijos de la actual constitución social.

Por otra parte, la masa oprimida, que ya no se resigna completamente a la opresión y a la miseria, y que hoy más que nunca se muestra ansiosa de justicia, de libertad, de bienestar, empieza a comprender que no podrá emanciparse sino por medio de la unión de la solidaridad entre los oprimidos, entre los explotados de todo el mundo. Y comprende también que es condición imprescindible de su emancipación la posesión de los medios de producción, del suelo y de los instrumentos de trabajo, y por consiguiente la abolición de la propiedad individual. Además, la ciencia, la observación de los fenómenos sociales, demuestra que tal abolición sería de grandísima utilidad para los mismos privilegiados con que quisieran tan sólo renunciar a su propósito de dominación y concurrir con todos al trabajo por el bienestar común.

Ahora bien, si un día la masa oprimida se negara a trabajar para los demás, arrancase a los propietarios la tierra y los instrumentos de trabajo, y quisiera utilizar estos instrumentos por su cuenta y en provecho propio, es decir, en beneficio de todos; si no quisiera sufrir por más tiempo la dominación ni de la fuerza brutal ni del pri-

vilegio económico; si la fraternidad popular, el sentimiento de solidaridad humana, reforzada por la mancomunidad de los intereses, pusiere fin a la guerra y a la conquista, ¿qué razón de ser tendría el gobierno?

Abolida la propiedad individual, el gobierno, que es su defensor, debería desaparecer. Si por el contrario, sobreviviese, tendería constantemente a reconstituir, bajo una forma cualquiera, una clase privilegiada y opresora.

La abolición del gobierno no significa, no puede significar el rompimiento de los lazos sociales muy al contrario: la cooperación, que actualmente sólo es ventajosa para unos cuantos, sería, abolido el gobierno, libre, ventajosa y voluntaria para todos, y por eso se haría mucho más intensta y eficaz.

El instinto social, el sentimiento de solidaridad se desarrollaría en su más alto grado, y cada hombre haría cuanto pudiese por el bien de los otros hombres, tanto por satisfacer sus sentimientos de afecto cuanto por bien entendido interés propio.

Del libre concurso de todos, mediante la asociación espontánea de los hombres con arreglo a sus simpatías y necesidades, de abajo arriba, de lo simple a lo compuesto, partiendo de los intereses más inmediatos para llegar luego a los más lejanos y generales, surgiría una organización social que tendría por fin el mayor bienestar y la mayor libertad de todos, reuniría a toda la humanidad en fraternal lazo y se modificaría y mejoraría conforme se modificasen

las circunstancias y las enseñanzas de la experiencia.

Esta sociedad de hombres libres, esta sociedad de amigos, es la *anarquía*.

PELIGRO DE CUALQUIER GOBIERNO

Hasta aquí se ha considerado el gobierno tal como es, tal como ha de ser necesariamente en una sociedad fundada en el privilegio, en la explotación y en el despotismo del hombre por el hombre, en el antagonismo de intereses, en la lucha intersocial, en una palabra, en la propiedad individual.

Se ha visto que el estado de lucha, lejos de ser una condición necesaria de la vida de la humanidad, es contrario a sus intereses, a los individuos y a la especie humana; se ha visto, asimismo, que la cooperación es la ley del progreso humano; y hemos deducido de todo ello que, aboliendo la propiedad individual y todo predominio del hombre sobre el hombre, el gobierno pierde toda su razón de ser y debe abolirse.

"Pero —se nos podría decir— cambiando el principio en que hoy se basa la organización social, substituida la lucha por la solidaridad, la propiedad individual por la

propiedad común, el gobierno cambiaría a su vez de naturaleza, y en lugar de ser protector y representante de los intereses de una clase, sería, porque ya no habría clases, el representante de todos los intereses de toda la sociedad. Tendría la misión de asegurar y regular, en interés de todos, la cooperación social, desempeñar los servicios públicos de general importancia, defender a la sociedad de las posibles tentativas de restablecimiento del privilegio y reprimir los atentados que cualquiera cometiese contra la vida, el bienestar o la libertad de cada uno y de todos.

"En la sociedad hay funciones demasiado necesarias, que requieren mucha constancia y gran regularidad, y no pueden ser abandonadas a la voluntad libre de los individuos sin peligro de que cada cosa tire por su lado.

"¿Quién organizaría y quién aseguraría, de no ser un gobierno, los servicios de alimentación, de distribución, de higiene, de comunicación postales y telefónicas, de transporte, etc., etc.?

"¿Quién cuidaría de la instrucción popular?

"¿Quién emprendería los grandes trabajos de exploración, de bonificación, de aspecto científico, que transforman la faz de la tierra y multiplican las fuerzas humanas?

"¿Quién atendería a la conservación y aumento del capital social para transmitirlo, mejorado, a la futura humanidad?

"¿Quién impediría la devastación de los montes, la explotación irracional, y por consiguiente el empobrecimiento del suelo?

"¿Quién tendría la facultad de prevenir y reprimir los delitos, los actos antisociales?

"¿Y qué se haría con los que, faltando a la ley de la solidaridad, no quisiesen trabajar? ¿Y con los que esparciesen la infección en un país, negándose a someterse a las reglas higiénicas prescritas por los hombres de ciencia? ¿Y con los que, locos o cuerdos, intentasen prender fuego a las mieses, violar a las niñas o abusar de los más débiles por su fuerza física superior?

"Destruir la propiedad individual y abolir los gobiernos existentes, sin reconstituir luego un gobierno que organizase la vida colectiva y asegurarse la solidaridad social, no sería abolir los privilegios y dar al mundo la paz y el bienestar; sería romper todo lazo social, volver a la humanidad a la barbarie, al reino del *cada uno para sí*, que es el triunfo de la fuerza brutal primero y del privilegio económico después."

He aquí las objeciones que nos hacen los autoritarios, aun cuando sean socialistas, es decir, aunque quieran la abolición de la propiedad individual y del gobierno de clase que de ella se deriva.

Responderemos a esas objeciones.

No es cierto, en primer lugar, que cambiando las condiciones sociales el gobierno cambie de naturaleza y de funciones. Organo y función son términos inseparables. Quítese a un órgano su función, y o el órgano muere o la función se reconstituye. Métase a un ejército en un país en el cual no haya motivos ni asomos de guerra, interna o exterior, y ese solo hecho provocará la guerra, si dicho ejér-

cito no se disuelve. Una policía donde no haya delitos que descubrir ni delincuentes que aprehender, provocará, inventará delitos y delincuentes, o bien dejará de existir.

Hay hace siglos en Francia una institución, actualmente agregada a la administración forestal —la *lobetería*—, cuyos empleados tienen a su cargo la destrucción de los lobos y demás animales dañinos. Nadie se sorprenderá al saber que precisamente a causa de esta institución hay en Francia lobos que en las estaciones rigurosas hacen mil estragos. El público se ocupa poco o nada de tales fieras, porque los empleados de la administración son los que tienen a su cargo el ocuparse de ellas; y los tales empleados, organizan la caza de los lobos; pero la organizan, naturalmente, *con inteligencia*, respetando sus madrigueras y dando tiempo a la reproducción, para no exponerse a destruir una especie tan interesante.

Bien es verdad que los campesinos franceses tienen ya muy poca confianza en estos cazadores de lobos, y los consideran más bien como conservadores de tales animales. Y se comprende que así ocurra: ¿qué harían los jefes de la institución si no hubiera lobos en el territorio de la república?

Un gobierno, o lo que es lo mismo, un cierto número de personas encargadas de dictar las leyes y de valerse de la fuerza de todos para hacerlas respetar de cada uno, constituye ya una clase privilegiada y separada del pueblo. Tratará instintivamente como todo cuerpo constituido, de aumentar sus atribuciones, de substraerse a la dirección del pueblo, de imponer sus

tendencias y de hacer predominar sus intereses particulares. Colocado en una posición privilegiada, el gobierno se encuentra ya en antagonismo con la masa de cuya fuerza dispone.

Por lo demás, un gobierno cualquiera, hasta queriéndolo, no podría contentar a todos los gobernados y habría de limitarse a contentar sólo a unos cuantos. Tendría, pues, que defenderse de los descontentos y cointeresar, por consiguiente, a una parte del pueblo para que le prestase su apoyo. Y así comenzaría nuevamente la vieja historia de una clase privilegiada, formándose con la complicidad del gobierno y que, si de una vez no se hacía dueño del suelo, acapararía ciertas posiciones de favoritismo, creadas con tal intención, clase que no sería menos opresora ni menos explotadora que la clase capitalista de hoy.

Los gobernantes, acostumbrados al mando, no querrían volver a confundirse con la masa, y si no podían conservar el poder en sus manos, se asegurarían por lo menos la posesión del previlegio para cuando tuviesen que depositar aquél en otros individuos. Recurrirían a los medios que da el poder para que los sucesores fuesen elegidos entre sus amigos, a fin de que éstos les apoyasen y protegiesen a su vez. De este modo el gobierno pasaría de unas manos a otras, siempre las mismas en realidad, y la *democracia*, que es el supuesto gobierno de todos, acabaría siempre en *oligarquía*, es decir, en el gobierno de unos pocos, de una clase.

¡Y qué oligarquía omnipotente, opresora

y absorbente sería la que tuviese a su cargo, a su disposición, todo el capital social, todos los servicios públicos, desde la alimentación hasta la confección de alpargatas, desde las universidades hasta el teatro de opereta!

SUPERFLUIDAD DEL GOBIERNO

Supongamos, no obstante, que el gobierno no constituyese en sí una clase privilegiada y pudiese vivir sin crear a su alrededor una nueva clase de privilegiados, permaneciendo, como se pretende, en su naturaleza de representante, de siervo, si se quiere, de toda la sociedad.

¿Para qué serviría? ¿En qué y de qué manera aumentaría la fuerza, la inteligencia, el espíritu de solidaridad, el cuidado del bienestar de todos y de la humanidad venidera, que en un momento dado existiesen en una sociedad determinada?

Siempre la antigua historia del hombre con las piernas ligadas, condenado a vivir a pesar de las ligaduras y creyendo, no obstante, vivir en virtud de ellas.

Estamos acostumbrados a vivir bajo la dirección de un gobierno que acapara toda la fuerza, toda la inteligencia, toda la voluntad que puede dirigir en su provecho, y que dificulta, paraliza y suprime las que le son inútiles u hostiles, y nos figuramos

que todo lo que se hace en la sociedad se hace porque así lo quiere el gobierno, y que, por consiguiente, sin gobierno no habría en el cuerpo social ni fuerza, ni inteligencia, ni buena voluntad. Del mismo modo, como ya hemos dicho, el propietario se posesiona de la tierra, la hace cultivar en su provecho particular, dejando al trabajador lo estrictamente necesario para que pueda y quiera seguir trabajando, y éste piensa que no podría vivir sin el patrono, como si éste crease la tierra y las fuerzas de la naturaleza.

¿Qué, por sí, agrega el gobierno a las fuerzas morales y materiales que existen en una sociedad? ¿Será acaso el dios de la Biblia que crea el mundo de la nada?

Así como nada se crea en el mundo que suele llamarse material, nada es creado tampoco en esta más complicada forma del mundo material que es el mundo social.

Por eso los gobernantes no pueden disponer más que de las fuerzas existentes en la sociedad, menos las que la acción gubernativa paraliza y destruye, las fuerzas rebeldes y todas las que se pierden entre las ruinas forzosamente grandísimas de un mecanismo tan artificioso. Si de su parte ponen algo, pueden hacerlo como hombres, no como gobernantes. Más todavía. De aquellas fuerzas morales y materiales que quedan a disposición del gobierno, sólo una parte pequeña recibe un destino verdaderamente útil a la sociedad. Las otras se consumen en actividades represivas, para tener a raya a las fuerzas rebeldes, o son substraídas al interés general, para acumu-

larlas en beneficio de unos pocos y en perjuicio de la mayoría de los hombres.

Mucho se ha discurrido acerca de la parte que tiene, en la vida y en el progreso de la sociedad humana respectivamente, la iniciativa social, pero se ha embrollado tanto la cuestión, con el auxilio del artificio del lenguaje metafísico, que son muy pocos los hombres que se han atrevido a tener la osadía de afirmar que todo se rige y marcha en el mundo humano a impulsos de la iniciativa individual.

En realidad, es ésta una verdad de sentido común, que aparece evidente en cuanto se trata de averiguar lo que las palabras significan. El ser real es el hombre, el individuo; la sociedad o colectividad —y el *Estado* o gobierno que pretende representarla—, si no son abstracciones hueras, no pueden ser más que agregaciones de individuos. Y justamente en el organismo de cada individuo tienen su origen todos los pensamientos y todos los actos humanos, los cuales de individuales se transforman en colectivos cuando son o se hacen comunes a muchos individuos. Por consiguiente, la acción social no es ni la negación ni el complemento de la iniciativa individual, sino pura y sencillamente el resultado de la iniciativa, de los pensamientos y de las acciones de todos los individuos que componen la sociedad resultado que, comparado con otro de naturaleza de la misma índole, es más o menos grande, según que las fuerzas simples concurran al mismo fin, o que sean divergentes y opuestas. Y si, como hacen los autoritarios, en

vez de esto se entiende por acción social la acción gubernativa, entonces aquélla no es más que el resultado de las fuerzas de los individuos que componen el gobierno, o que por su posición pueden influir sobre la conducta del gobierno.

De aquí que la contienda secular entre la libertad y la autoridad, o, en otros términos, entre el socialismo y el Estado de clase, no sea en verdad por si se ha de aumentar la independencia individual a expensas de la limitación de la ingerencia social, o ésta a expensas de aquélla.

Se trata más bien de impedir que algunos individuos puedan tiranizar a otros, de dar a todos los individuos los mismos derechos y los mismos medios de acción y de substituir con la iniciativa de todos la iniciativa de unos pocos, que produce forzosamente la opresión de los demás. Se trata, en suma, por siempre y para siempre, de destruir la tiranía y la explotación del hombre por el hombre, de manera que todos se interesen por el bien común, y de que las fuerzas individuales, en lugar de anularse por la lucha, hallen la posibilidad de un desarrollo completo y se asocien para el mayor provecho de todos.

De lo dicho resulta que la existencia de un gobierno, aun cuando fuese, siguiendo nuestra hipótesis, el gobierno ideal del socialismo autoritario, lejos de ocasionar un aumento de las fuerzas productoras, organizadoras y protectoras de la sociedad, las disminuiría incesantemente, limitando a unos cuantos la iniciativa y dándoles el de-

recho de hacerlo todo sin poderles dar, naturalmente, la facultad de saberlo todo.

En realidad, si se separa de la legislación y de la obra entera de un gobierno todo lo que tiende a defender a los privilegiados y que representa la voluntad de los privilegiados mismos, ¿qué resta que no sea el resultado de la actividad de todos?

"El Estado —escribe Sismondi— es siempre un poder conservador que pone de manifiesto, regula y organiza las conquistas del progreso —y la historia agrega que las dirige en provecho propio y de la clase privilegiada—, pero no las inicia. Siempre tienen su origen abajo, nacen en el fondo de la sociedad, del pensamiento individual, que cuando se divulga se convierte en opinión, en fuerza de la mayoría; pero ha de encontrar a su paso, y combatirlos en los poderes constituidos, la tradición, la costumbre, el privilegio y el error".

Para comprender cómo una sociedad puede vivir sin gobierno, basta observar un poco a fondo la misma sociedad presente, y se verá que, en realidad, la mayor parte, la más esencial de la vida colectiva, se cumple fuera de la intervención gubernamental; que el gobierno sólo interviene para explotar a la masa, para defender a los privilegiados, y que en lo demás viene a sancionar, bien inútilmente, todo lo que se ha hecho prescindiendo de él, y frecuentemente en su contra y a su pesar.

Los hombres trabajan, cambian y estudian, viajan, siguen como las entienden las reglas de la moral y de la higiene, se aprovechan de los progresos de la ciencia y del

arte, tienen infinitas relaciones entre sí, sin experimentar la necesidad de que nadie les imponga un modo de conducirse.

Por eso todas las cosas en que no interviene el gobierno son las que marchan mejor, las que dan lugar a menos diferencias y se acomodan, por la voluntad de todos, de tal manera que todos las encuentran útiles y agradables.

No es el gobierno más necesario para las grandes empresas y para los servicios públicos, que reclaman el concurso regular de mucha gente de países y condiciones distintas. Mil empresas de índole tal son actualmente obra de asociaciones privadas, libremente constituidas, que en opinión de todo el mundo son también las que dan mejor resultado. No hablamos de las sociedades de capitalistas organizadas para la explotación, aunque también demuestran la posibilidad y el poder de la asociación libre; y, como ésta, pueden extenderse hasta abrazar gentes de todos los países e intereses inmensos y distintos. Hablamos ante todo de aquellas asociaciones que, inspiradas en el amor a los semejantes o en la pasión de la ciencia, y aun sencillamente en el deseo de divertirse y hacerse aplaudir, representan mejor el sistema de agrupaciones tal cual serán en una sociedad en la que, abolida la propiedad individual y la lucha intestina entre los hombres, cada uno tendrá su interés confundido con el interés de todos y su más agradable satisfacción en hacer el bien y complacer a los demás. Las sociedades y congresos científicos, las asociaciones internacionales de sal-

vamento, la sociedad de la Cruz Roja, las asociaciones geográficas, las agrupaciones obreras, los cuerpos de voluntarios que prestan sus socorros en todas las grandes calamidades públicas, son ejemplos de ese poder del espíritu de asociación, que se manifiesta siempre que se trata de una necesidad o de una pasión verdaderamente sentida y no faltan los medios apropiados. Si la asociación voluntaria no llena el mundo y no abraza todas las ramas de la actividad material y moral, ello es debido a los obstáculos que le opone el gobierno, al antagonismo creado por la propiedad individual y a la impotencia y el envilecimiento a que el acaparamiento de la riqueza por unos pocos reduce a la inmensa mayoría de los seres humanos.

El gobierno toma a su cargo, por ejemplo, el servicio de correos, ferrocarriles, etc. Pero, ¿en qué ayuda verdaderamente a estos servicios? Cuando el pueblo, puesto en el caso de poderlos disfrutar, experimenta la necesidad de estos servicios, trata de organizarlos, y los técnicos no esperan para nada una orden gubernativa, sino que ponen sin tardanza manos a la obra. Y cuanto más general y urgente es la necesidad, más abundan los que de buen grado se disponen a satisfacerla. Si el pueblo tuviese la facultad de pensar en la producción y en la alimentación, ¡oh!, no habría que temer que se dejase morir de hambre esperando que un gobierno redactase leyes a este respecto. Más aún: si hubiese de existir un gobierno, se vería obligado a esperar a que el pueblo lo hiciese todo primero y

todo lo organizara para venir después a sancionar con las leyes y a explotar aquello mismo que ya estaba hecho y organizado.

Demostrado está que el interés privado es el gran estímulo de la actividad. Ahora bien; cuando el interés de todos se halle identificado con el de cada uno —y lo estará necesariamente si no existe la propiedad individual—, entonces todos trabajarán; y si las cosas se hacen cuando interesan a unos pocos, más y mejor se harán cuando interesen a todos.

Cuesta trabajo comprender que haya gentes que crean que la ejecución y la marcha regular de los servicios públicos, indispensables a la vida social, están mejor asegurados si se hacen por orden de un gobierno que cuando los trabajadores los toman directamente a su cargo, bien por acuerdo de los demás o bien por propia elección, y lo ejecutan bajo la inmediata vigilancia de todos los interesados.

No hay duda de que en todo trabajo colectivo es necesaria la división del trabajo, la dirección técnica, la de la administración, etc. Pero en mala hora los autoritarios hacen frases para deducir de eso la razón de ser del gobierno. No se confunda, pues, la función gubernamental con la función administrativa, que son esencialmente distintas, y que si hoy se ven extremadamente confundidas es sólo debido al privilegio económico y político.

Pasemos ahora a las funciones por las cuales el gobierno es considerado, por todos los que no son anarquistas, realmente

indispensable: la defensa exterior e interna de una sociedad, es decir, la *guerra,* la *policía* y la *justicia.*

Abolido el gobierno y puesta la riqueza social a disposición de todos, pronto no habría antagonismos entre los pueblos, y la guerra ya no tendría razón de ser. Se puede decir también que, en el estado actual del mundo, si la revolución se hiciese en un país y no hallase el eco debido en los otros, inspiraría sin duda tantas simpatías que ningún gobierno se atrevería a mandar sus ejércitos contra el país emancipado, temeroso de que surgiese la revolución en su propia casa.

¿Y la *policía?* ¿Y la *justicia?* Muchos se figuran que si no fuese por los policías y los jueces, cada uno sería libre de matar o perjudicar a los demás a su antojo, y que los anarquistas, en nombre de sus principios, respetarían aquella extraña libertad que destruye la libertad y la vida de todos. Se figuran, asimismo, que después de haber destruido el gobierno y la propiedad individual, dejaríamos que se reconstituyese el uno y la otra por respeto a la libertad de los que experimentasen la necesidad de ser gobernantes y propietarios. ¡Extraña manera de comprender nuestras ideas!

La libertad que, para nosotros y para los demás, queremos los anarquistas, no es la libertad absoluta, abstracta, metafísica, que en la práctica se traduce fatalmente en opresión del débil, sino la libertad real, la libertad posible, que es la comunidad consciente de intereses, la solidaridad voluntaria. Nosotros proclamamos la máxima:

"Haz lo que quieras", en la cual casi resumimos nuestro programa; porque, fácil es comprenderlo, entendemos que en una sociedad sin gobierno y sin propiedad, todos *harán lo que deban*.

Mas si, ya a causa de la educación recibida en la presente sociedad, ya por enfermedad física o por cualquier otro motivo, alguno quisiese hacernos daño o hacerlo a los demás, nos apresuraríamos, si otros no lo hacían, a impedirlo por todos los medios que estuviesen a nuestro alcance.

Pero como sabemos de una manera cierta que el hombre es la consecuencia de su propio organismo y del ambiente cósmico y social en que vive; como no confundimos el derecho sagrado de la defensa con el supuesto y absurdo derecho de castigar; como no vemos en el culpable, en el que ejecuta actos antisociales, el esclavo rebelde, como ocurre a los jefes de nuestros tiempos, sino el hermano enfermo, necesitado de curación, no alimentaremos el odio en la represión, y procuraremos no traspasar los límites de la necesidad en la defensa, ni pensaremos en vengarnos, sino en curar y redimir al infeliz culpable por todos los medios que la ciencia nos enseñe.

De cualquier manera que entiendan el asunto los anarquistas —a quienes puede ocurrir lo mismo que a todos los teóricos, es decir, que pierdan de vista la realidad para correr en pos de una apariencia lógica—, la verdad es que el pueblo no entendería que hubieran de dejarse impunes los atentados contra su libertad y su bienestar, y si se presentase la ocasión, trataría de de-

fenderse contra los actos antisociales de algunos. Mas, para hacerlo, ¿de qué sirven esas gentes cuyo oficio es hacer leyes, y esas otras que viven inventando contraventores de las leyes? Cuando el pueblo reprueba realmente una cosa y la juzga mala, procura impedirla siempre mejor que todos los legisladores, todos los jueces y todos los esbirros de profesión. Cuando, en las insurrecciones, el pueblo quiso, bien a pesar de muchos, hacer respetar la propiedad privada, la hizo respetar como no lo hubiese logrado, de ningún modo, un ejército de polizontes.

Las costumbres siguen siempre los sentimientos y las necesidades de la mayoría, y son tanto más respetadas cuanto menos sujetas están a la sanción de la ley, porque todos ven y comprenden su utilidad y porque los interesados, no amparándose en la protección del gobierno, las hacen respetar por los mismos.

¿Se debe a la policía que el número de asesinatos no sea mayor? La mayoría de los municipios de Italia no ven, como los de España, a los guardias más que de tiempo en tiempo; millones de hombres andan por los montes y por los campos, lejos del ojo tutelar de la autoridad, de manera que podrían ser maltratados sin el menor peligro de penalidad; sin embargo, no están menos seguros que los que viven en los centros más vigilados. La estadística demuestra que el número de los delincuentes apenas cambia por efecto de las medidas represivas, mientras que varía rápidamen-

te al variar las condiciones económicas y el estado de la opinión pública.

Las leyes penales, por otra parte, no comprenden más que los hechos extraordinarios, excepcionales. La vida cotidiana se desenvuelve fuera de la acción del código y se regula casi inconscientemente, por tácito y voluntario consentimiento, de todos, en virtud de una cierta cantidad de usos y costumbres mucho más importantes para la vida social que los artículos del código, y mejor respetados, aunque completamente ajenos a toda sanción que no sea la natural del menosprecio en que incurren los violadores y del daño que de ese menosprecio se deriva.

Y cuando surgiesen diferencias entre los hombres, el arbitraje, libremente aceptado, o la opresión de la opinión pública, ¿no serían más aptos para dar la razón a quien la tuviese que una magistratura irresponsable que tiene el derecho de juzgarlo todo y a todos y que es necesariamente incompatible y aun injusta?

Así como el gobierno sólo sirve para proteger a la clase privilegiada, así la policía y la magistratura no sirven nada más que para reprimir los delitos que el pueblo no considera como tales, o sea aquellos que lastiman los privilegios de los gobernantes y de los propietarios. Para la verdadera defensa social, para la defensa de la libertad y del bienestar de todos, no hay nada tan pernicioso como la formación de una clase que vive con el pretexto de defender a todos, la cual se acostumbra a considerar a cada hombre como una fiera que es necesario

enjaular y nos maltrata sin saber por qué, por orden de un jefe, como sicarios inconscientes y asalariados.

EL METODO DEL ANARQUISMO

EL METODO DEL ANARQUISMO

"Muy bien —dicen algunos—. Admitamos que la Anarquía puede ser una forma perfecta de convivencia social. Pero no queremos dar un salto en las tinieblas. Explicadnos, con detalles, cómo se organizaría vuestra sociedad."

Y aquí sigue toda una serie de preguntas, que son interesantísimas si se trata de estudiar los problemas cuya solución se impondrá a la sociedad emancipada, pero que son inútiles, o absurdas, o ridículas, si de nosotros se pretende una solución definitiva.

"¿Con arreglo a qué método se educará a los niños? ¿Cómo se organizará la producción y el reparto? ¿Seguirán formándose grandes ciudades, o se distribuirá la población proporcionalmente en toda la superficie de la Tierra? ¡Y si todos los habitantes de Siberia quisieran pasar el invierno en Niza? ¿Y si todos quisieran comer jamón y beber buen vino de Jerez? ¿Y quién será minero y marinero? Y los enfermos, ¿se-

rán asistidos a domicilio, o en los hospitales? ¿Y quién fijará la marcha de los trenes? ¿Y qué se hará si un maquinista cae enfermo mientras el tren avanza?

Y así sucesivamente, hasta pretender que nosotros poseyésemos toda la ciencia y toda la experiencia de la edad futura y que, en nombre de la Anarquía, prescribiésemos a los hombres del porvenir a qué hora debieran acostarse y qué día de la semana tendrían que cortarse las uñas.

En verdad, si nuestros lectores esperan de nosotros respuestas a esas preguntas, o, por lo menos, a aquellas que son serias e importantes, y esperan una contestación que sea algo más que nuestra opinión personal o del momento, esto querrá decir que no hemos cumplido bien, en cuanto llevamos dicho, nuestro propósito de explicar lo que es la Anarquía.

No somos nosotros más profetas que el resto de los hombres, y si pretendiésemos dar una solución oficial a todos los problemas que se presentarán en la vida de la sociedad futura, entenderíamos la abolición del gobierno en un sentido realmente extraño. Y resultaría entonces que nosotros mismos nos constituiríamos en gobierno y prescribiríamos, como los legisladores religiosos, un código universal para el presente y para el porvenir. Como, afortunadamente, no tenemos hogueras ni calabozos para imponer nuestra Biblia, la humanidad podría reírse impunemente de nosotros y de nuestra pretensión.

Nos preocupan mucho todos los problemas de la vida social, y en interés de la cien-

cia contamos ver implantada la Anarquía y concurrir como podamos a la organización de la nueva sociedad. Tenemos, por tanto, nuestras soluciones, que, según los casos, las daríamos por definitivas o transitorias. Mas el hecho de que nosotros, hoy, con los datos que poseemos, pensemos de un modo dado acerca de una determinada cuestión, no quiere decir que ésta se resuelva en el porvenir tal como nos lo imaginamos. ¿Quién puede prever la actividad que se desarrollará en la humanidad cuando se halle emancipada de la miseria y de la opresión, cuando todos tengan medios de instruirse y desenvolverse, cuando no haya ni amos ni esclavos, y la lucha contra los demás hombres y los odios y rencores que de ella se derivan no sean ya una necesidad de la vida? ¿Quién puede prever los progresos de la ciencia, los nuevos medios de producción, de comunicaciones, etc., etc.?

Lo esencial es que se constituya una sociedad en que la explotación sea cosa imposible, así como la dominación del hombre por el hombre; una sociedad en la que todos tengan a su disposición los medios de existencia, de trabajo y de progreso y puedan concurrir, según quieran y sepan, a la organización de la vida social. En semejante sociedad, todo será hecho, naturalmente, de la manera que mejor satisfaga las necesidades generales, dadas las condiciones y las posibilidades del momento, y todo se hará mejor a medida que aumenten los conocimientos y los medios.

En el fondo, un programa que afecta

a las bases de la constitución social, no puede hacer más que indicar un método. El método es, justamente, lo que ante todo diferencia los partidos y determina su importancia en la historia. Dejando aparte el método, todos dicen que quieren el bien de los hombres, y muchos lo desean francamente; los partidos desaparecen y con ellos toda la acción organizada y dirigida a un fin determinado. Es necesario, pues, ante todo, considerar la Anarquía como un método.

Los métodos de que los diversos partidos no anarquistas esperan, o dicen que esperan, el mayor bien de cada uno y de todos, se pueden reducir a dos: el autoritario y el llamado liberal. El primero confía a unos cuantos la dirección de la vida social y fomenta la explotación y opresión de la masa por parte de algunos privilegiados. El segundo se ampara en la libre iniciativa individual y proclama, si no la abolición, la reducción del gobierno al mínimum de atribuciones posibles; mas como respeta la propiedad y todo lo funda en el principio: "Cada uno para sí", y por consiguiente en la competencia entre los hombres, su libertad es sólo la libertad de los fuertes, de los poderosos, de los propietarios, para oprimir y explotar a los débiles, a los que no tienen nada; y lejos de producir la armonía, tiende a aumentar constantemente la distancia entre los ricos y los pobres y da origen a la explotación y a la tiranía, es decir, a la autoridad. Este segundo método, o sea el liberalismo, es teóricamente una especie de Anarquía sin socialismo, y por

eso no es más que una mentira, pues la libertad no es posible sin la igualdad, y la verdadera Anarquía no puede existir fuera de la solidaridad, fuera del socialismo. La crítica que los amigos de la libertad hacen del gobierno, se limita a pretender arrebatarse cierto número de atribuciones e invitar a los capitalistas a defenderse, mas no puede atacar las funciones represivas que constituyen su esencia, porque sin el soldado y el policía no podrían existir los propietarios, y así las fuerzas represivas del gobierno han de aumentar a medida que aumentan, por obra de la libre competencia, la inarmonía y la desigualdad.

Los anarquistas presentamos un método nuevo: la libre iniciativa de todos y el pacto libre después de que, abolida revolucionariamente la propiedad privada, todos estén en posesión de igualdad de condiciones para disponer de la riqueza social. Este método, no dejando lugar a la reconstitución de la propiedad privada, debe conducir, por medio de la libre asociación, al triunfo del principio de solidaridad.

Consideradas así las cosas, se ve que todos los problemas que se plantean con el fin de combatir la Anarquía son más bien un argumento en su favor, porque únicamente la Anarquía indica la manera de encontrar experimentalmente las soluciones que mejor correspondan al dictamen de la ciencia y a los sentimientos y necesidades de todos.

"¿Cómo se educará a los niños?" No lo sabemos. Los padres y los maestros y todos los que se interesen por la suerte de las

nuevas generaciones se reunirán, discutirán y se pondrán de acuerdo o se dividirán y por último pondrán en práctica los medios que tengan por más eficaces. Y con la práctica, el método que realmente sea mejor acabará por triunfar.

De igual modo se resolverán todos los problemas que se presenten.

ANARQUIA ES SINONIMO DE SOCIALISMO

De cuanto se ha dicho resulta que la Anarquía, tal como la entiende el partido anarquista, y tal como únicamente puede ser entendida, se basa en el socialismo. Así, si no fuese por las escuelas socialistas que rompen artificialmente la unidad natural de la cuestión social y por los equívocos con que se trata de estorbar el paso a la revolución, podríamos decir que Anarquía es sinónimo de socialismo, porque una y otro significan la abolición de la tiranía y de la explotación del hombre por el hombre, ya se ejerzan mediante la fuerza de las bayonetas, ya mediante el acaparamiento de los medios de vida.

La Anarquía, lo mismo que el socialismo, tiene por base, por punto de partida, por ambiente necesario, *la igualdad de condiciones:* tiene por fin *la solidaridad;* tiene por método *la libertad.*

No es esto la perfección, el ideal absoluto que, como el horizonte, se aleja siempre a medida que se avanza; pero es el

camino abierto a todos los progresos, a todos los perfeccionamientos, que se realizarán en beneficio de todos.

COMO SE REGIRA UNA SOCIEDAD ANARQUISTA

Una vez demostrado que la Anarquía es el único modo de convivencia social que deja camino al mayor bien posible de los hombres, porque sólo la Anarquía destruye toda clase interesada en tener en la miseria y en la esclavitud a la masa; una vez demostrado que la Anarquía es posible porque realmente no hace más que desembarazar a la sociedad de un obstáculo: el gobierno, contra el cual hubo siempre de luchar para avanzar en su penoso sendero, los autoritarios se ocultan tras la última trinchera, con el refuerzo de muchos que, siendo fervientes amantes de la libertad y de la justicia, tienen miedo a la libertad y no pueden imaginarse una sociedad que viva y camine sin tutores, y que, convencidos de la verdad, piden piadosamente que se deje la cosa para más tarde, para lo más tarde posible.

He aquí, en substancia, lo único que se nos opone en este punto de la discusión.

Aun a costa de repetirnos vamos a responder a tal objeción.

Nos encontramos siempre frente al prejuicio de que el gobierno es una fuerza nueva, salida no se sabe de dónde, que por si sola agrega algo a la suma de la fuerza y de la capacidad de los que lo componen y los que le obedecen. La verdad es todo lo contrario, esto es, que todo lo que se hace en la humanidad lo hacen los hombres, y el gobierno, como tal, no pone por su parte más que la tendencia a convertirlo todo en un monopolio a beneficio de un determinado partido o clase y la resistencia a toda iniciativa que surja fuera de sus consejos.

Abolir la autoridad, abolir el gobierno, no significa destruir las fuerzas y las capacidades individuales y colectivas de la especie humana, ni la influencia que los hombres ejercen a porfía unos sobre otros; esto equivaldría a reducir a la humanidad al estado de una masa de átomos inmóviles e inertes, cosa imposible y que sería la destrucción de todo organismo social, la muerte de la humanidad. Abolir la autoridad significa abolir el monopolio de la fuerza y de la influencia; significa abolir aquel estado de cosas en virtud del cual la fuerza social, o sea la fuerza de todos, se convierte en instrumento del pensamiento, de la voluntad, de los intereses de un reducido número de individuos, quienes mediante la fuerza de todos suprimen en beneficio propio y de sus ideas la libertad de cada uno y de todos los demás; significa destruir un sistema de organización social con el que el porvenir es acaparado, entre una revolu-

ción y otra, en provecho de los que vencieron por el momento.

Es cierto que, en el estado actual de la humanidad, en que la mayoría de los hombres, presa de la miseria y embrutecida por las supersticiones, yace en la abyección, los destinos humanos dependen de la acción de un número relativamente escaso de individuos; es cierto que no se podrá conseguir que de un momento a otro todos los hombres se eleven lo suficiente para sentir el deber y hasta el placer de regular las propias acciones, de modo que redunden en el mayor bien posible de los demás. Pero si actualmente las fuerzas pensantes y directoras de la humanidad son escasas, no es ésta una razón para paralizar una parte de ellas y para someter muchas a unas cuantas particulares. No es una razón para constituir la sociedad de manera que, gracias a la inercia que produce una posición segura, gracias a la herencia, al proteccionismo, al espíritu de cuerpo y a todo cuanto constituye el mecanismo gubernativo, las fuerzas más vivas y las capacidades más reales acaban por encontrarse fuera del gobierno y casi privadas de su influencia sobre la vida social; y las que gozan del gobierno, encontrándose fuera de su ambiente y sobre todo interesadas en mantenerse en el poder, pierden toda potencia de acción y sólo sirven de obstáculo a la acción de los demás.

Abolido este poder negativo, que es precisamente el gobierno, la sociedad será lo que pueda ser, dadas las fuerzas y la capacidad del momento. Si fuésemos hombres instruidos y deseáramos extender la ins-

trucción, organizaríamos escuelas y nos esforzaríamos en hacer entender a todos la utilidad y el placer de instruirse. Y si fuésemos pocos y no hubiese quien se interesase por la instrucción, no podría un gobierno crear hombres de tales condiciones; tan sólo podría, como hace hoy, disponer de los pocos que hubiese, substraerlos del trabajo fecundo, dedicarlos a redactar reglamentos que ha de imponer con la policía, y de maestros inteligentes y apasionados hacer *políticos*, parásitos, hombres inútiles, preocupados con la imposición de sus ficciones y con su mantenimiento en el poder.

Si fuésemos médicos o higienistas, organizaríamos el servicio de sanidad. Y, como en el caso anterior, si no hubiese tales hombres, el gobierno no podría crearlos; solamente podría, por la sospecha demasiado justificada que el pueblo tiene de todo lo que le es impuesto, arrebatar su crédito a los médicos existentes y hacerlos sacrificar como envenenadores cuando van a curar el cólera.

Si fuésemos ingenieros, maquinistas, etc., organizaríamos los ferrocarriles. Y si no hubiese quién lo hiciera, el gobierno, una vez más, no podría crear los hombres aptos para ello.

Aboliendo el gobierno y la propiedad individual, no creará la Anarquía fuerzas que no haya; pero dejará libre el campo a las manifestaciones de todas las fuerzas, de todas las capacidades existentes; destruirá toda clase interesada en mantener a la masa en el embrutecimiento y hará porque todos puedan influir y obrar en proporción a

su capacidad y conforme a sus pasiones y a sus intereses.

Tal es el único medio que hay para que la masa popular pueda elevarse, porque sólo con la libertad se aprende a ser libre, como sólo trabajando se aprende a trabajar. Aunque no tuviese otros inconvenientes, el gobierno tendría siempre el de acostumbrar a los gobernados a la sujeción y el de tender a hacerse cada vez más opresivo y necesario.

Por otra parte, si se quiere un gobierno que eduque al pueblo y le prepare para la Anarquía, es necesario indicar cuál sería el origen, el sistema de formación de ese gobierno.

¿Sería la dictadura de los mejores? Faltaría averiguar quiénes son los mejores. ¿Quién lo averiguaría? La mayoría está comúnmente tocada de viejos prejuicios y tiene ideas e instintos ya abandonados por una minoría más favorecida; mas entre todas las minorías que se figuran tener razón, y todas pueden tenerla en cierta parte, ¿a quién y con qué criterio se escogería para poner a su disposición la fuerza social, cuando sólo el porvenir puede decidir el litigio?

Si se trata de cien partidarios de la dictadura, se descubre en seguida que cada uno de ellos se figura que él debería ser, si no precisamente el dictador, uno de los dictadores, o por lo menos uno de sus más próximos consejeros. Así, pues, dictadores serían todos los que de un modo o de otro tratasen de imponerse.

¿Sería, en su lugar, un gobierno elegido

por sufragio universal, y por consiguiente la emancipación más o menos sincera de la voluntad de la mayoría? Mas si consideráis a los electores incapaces de proveer por sí solos a sus intereses, ¿cómo sabrán escoger los pastores que han de guiarlos? ¿Y cómo podrán resolver el problema de alquimia social que es la elección de un genio por el voto de una masa de imbéciles? ¿Y qué será de la minoría, que es por lo regular la parte más inteligente, más activa, más avanzada de una sociedad?

EL ANARQUISMO Y LA REVOLUCION

Para resolver los problemas sociales en beneficio de todos, sólo hay un medio: acabar revolucionariamente con los detentadores de la riqueza social, ponerlo todo a disposición de todos y dejar que todas las fuerzas, todas las capacidades y toda la buena voluntad existente entre los hombres contribuyan a proveer a las necesidades de todos.

Luchamos por la Anarquía y por el socialismo, porque opinamos que la Anarquía y el socialismo deben establecerse en seguida, es decir, que en el momento mismo de la revolución se debe destruir el gobierno, abolir la propiedad y confiar los servicios públicos, que en este caso abrazarán toda la vida social, a la acción espontánea, libre, no oficial, no autorizada, de todos los interesados y de todos los voluntarios.

No sabemos si en la próxima revolución triunfarán la Anarquía y el socialismo; mas, si la victoria es de los programas de transacción, será porque nosotros, por esta vez,

habremos sido vencidos; nunca porque hayamos creído útil dejar en pie la más mínima parte del mal sistema que hace gemir a la humanidad.

De todas maneras, tendremos sobre el porvenir la influencia del número, que se hará sentir; la influencia de nuestra energía, de nuestra inteligencia y de nuestra intransigente actitud. Aun cuando seamos vencidos, nuestra obra no será inútil, porque seremos más los decididos a proseguir la realización completa de nuestro programa, y menos gobierno y menos propiedad habrá en la sociedad que se constituya.

Y nuestra obra habrá sido grande, porque el progreso humano se mide por la disminución del gobierno y la disminución de la propiedad privada.

Si nos ocurre caer y no plegamos nuestra bandera, podemos estar seguros de la victoria para el futuro.

INDICE

La anarquía 7
Anarquía y desorden 9
El Estado 13
El gobierno 16
Misión del gobierno 20
La solidaridad 31
Peligro de cualquier gobierno ... 44
Superfluidad del gobierno 50
El método del anarquismo 63
Anarquía es sinónimo de socialismo 71
Cómo se regirá una sociedad anarquista 73
El anarquismo y la revolución ... 79

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de PREMIA editora de libros, s.a., en Tlahuapan, Puebla, en el segundo semestre de 1982. Los señores Angel Hernández, Serafín Ascencio, Julián Hernández y Donato Arce tuvieron a su cargo el montaje gráfico y la impresión de la edición en offset. El tiraje fue de 1,500 ejemplares más sobrantes para reposición.

Malatesta era ante todo un revolucionario cabal y ni siquiera se le ocurrió la idea de llevar un diario, y estaba demasiado activo como para poder tener el tipo de vida tranquila que le habría permitido archivar cuidadosamente su correspondencia para la posterioridad y la comodidad de los historiadores. Además, aunque ya tenía 79 años cuando murió, nunca dispuso de tiempo —ni de voluntad a mi parecer— para escribir sus memorias, tarea a la cual lo habían estado impulsando durante muchos años, por diferentes razones, tanto sus amigos íntimos como algunos editores que entreveían un best seller. Y por último, no es menos importante el hecho de que Malatesta se ganaba la vida como obrero especializado y no como escritor... Durante casi sesenta años, Malatesta desarrolló actividades dentro del movimiento anarquista como agitador y propagandista. Basta con dar una ojeada a los archivos de la prensa anarquista para percibir que fue uno de los miembros más respetados del movimiento así como siguió siendo hasta el final uno de los más controvertidos (*Vernon Richards*)

PREMIA editora s.a